



FH: Creador de voces estranguladas¹

Enrique Vila Matas



311

Me ha dicho que ya no le extrañaba nada de mí, y luego me ha comentado que mi historia de ese verano raro le ha recordado el comienzo de un cuento de Felisberto Hernández.

—¿Qué cuento? —le he preguntado, algo dolido porque mi original verano de antaño no pudiera ser una historia exclusivamente mía.

—*La mujer parecida a mí* —me ha contestado—. Y ahora que lo pienso, Felisberto Hernández tiene relación con lo que tan entretenido te tiene. Nunca renunció a escribir, no es un escritor del No, pero sí lo son sus narraciones. Todos los cuentos que escribía los dejaba sin acabar, le gustaba negarse a escribir desenlaces. Por eso la antología de sus relatos se llama *Narraciones incompletas*. Las dejaba todas suspendidas en el aire. De entre todos sus cuentos el más maravilloso es *Nadie encendía las lámparas*.

—Pensaba —le he dicho— que después de Musil ya no había nadie que te interesara.

—Musil y Felisberto —me ha dicho en tono concluyente, muy seguro de sí mismo—. ¿Me oyes bien? Musil y Felisberto. Después de ellos ya nadie enciende las lámparas.

Cuando me he desembarazado de Juan —lo he hecho en el momento en que ha empezado a decirme que vaya con cuidado, que no vayan a descubrir en la oficina que les estoy engañando con mi depresión y acaben



1. Con un título acordado con Vila Matas, y con su permiso, rescatamos este fragmento de las páginas de su clásico *Bartleby y compañía*. Enrique Vila Matas estuvo en Montevideo en el Centro Cultural de España en 2014 y durante su presentación preguntó al público uruguayo en qué cine o teatro fue que Felisberto tocó el piano acompañando las películas mudas. Nadie supo responder.

Felisberto, un fondo con tejido de alambre. (Colección FH, Biblioteca Nacional).

despidiéndome—, he empezado a releer los cuentos de Felisberto. Desde luego fue un escritor genial, se empeñaba en defraudar las expectativas con que las ficciones nos gratifican. Bergson definía el humor como una espera decepcionada. Esa definición, que puede aplicarse a la literatura, se cumple con una rara minuciosidad en los relatos de Felisberto Hernández, escritor y al mismo tiempo pianista de salones elegantes y de casinos de mala muerte, autor de un espacio fantasmal de ficciones, escritor de cuentos que no acababa (como indicando que en esta vida falta algo), creador de voces estranguladas, inventor de la ausencia.

Muchos de sus finales incompletos son inolvidables. Como el de *Nadie encendía las lámparas*, donde nos dice que él se iba «entre los últimos tropezando con los muebles». Un final inolvidable. A veces juego a pensar que nadie en mi casa enciende las lámparas. A partir de hoy, tras haber recuperado la memoria del cuento incompleto de Felisberto, jugaré también a irme el último tropezando con los muebles. Me gustan mis fiestas de hombre solo. Son como la vida misma, como cualquier cuento de Felisberto: una fiesta incompleta, pero una fiesta de verdad.



FELISBERTO HERNANDEZ

NADIE ENCENDIA LAS LAMPARAS



EDITORIAL SUDAMERICANA